



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 21.

JUEVES 31 DE JULIO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tom. I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 24 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA UTILIDAD DE LA HISTORIA, por Florencio Janer.—ROSA Y MARIA.—HORTENCIA DE BEAURNAIS ó la única corona indestructible, traduccion por José Castreño (Conclusion).—LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS VIVIENTES: Las serpientes (Conclusion).—FERNANDO VI Y LAS SALESAS REALES.—LOS TRES PELOS DE ORO DEL DIABLO: cuento alemán, por Grimm.—REFRANES HIGIENICOS.—ESPLICACION DE LA CLAVE ENIGMATICA DEL NUMERO ANTERIOR.

LA UTILIDAD DE LA HISTORIA.

Hacer que redunden en provecho de los hijos los dolores padecidos por los padres y el ejemplo de las grandes catástrofes, es el objeto de la historia.

César Cantú.

Tan unidos están entre sí los acontecimientos políticos de los pueblos, los sucesos de las armas, la suerte de las ciencias y de las artes, y el estado de la agricultura, de la industria y del comercio, que por el desarrollo y engrandecimiento de los unos se explica la dignidad, grandeza y perfeccion de los otros; y por el abatimiento y la abyeccion de estos se comprende el agobio, la ruina y el aniquilamiento de aquellos. La historia es quien nos presenta el cuadro de las glorias y miserias de la humanidad, de los adelantos y trastornos de las naciones, de los cataclismos del mundo, de los encantos de la civilizacion y de las amarguras de los retrocesos sociales. No es solo la historia, como dijo un ingenio español, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia del porvenir, sino que es mucho mas, puesto que nos espone los esfuerzos de la inteligencia humana en los siglos que pasaron, y nos vaticina la suerte que aguarda á esta misma humanidad entre las tinieblas de los venideros. En una palabra, la historia es la ciencia que abarca al mundo, porque explica los azares prósperos ó desgraciados que haya tenido, tenga y pueda tener el hombre en el in-

mense camino del porvenir. Qué haya sido el mundo, qué será y qué deba ser el mundo, tales son los vastos ámbitos en que campea la historia.

En vista, pues, de la importancia de la historia, que interesa lo mismo á la nacion mas poderosa que á la mas débil y reducida república; lo mismo al político, al legislador y al magnate, que al literato, al artista y al guerrero, ¿podrá dudarse de la imponderable utilidad que del estudio de esta ciencia debe reportar la gran familia humana? Si la historia es la única que con sus pinceladas tristes y melancólicas unas veces, sangrientas y vergonzosas otras, y de cuando en cuando dignas, brillantes y llenas de gloria, nos representa los arcanos de las ciencias y de las letras, las anomalías de las convulsiones políticas, los adelantos de la sociedad, los progresos y las vicisitudes de todas las cosas y de todos los pensamientos con las causas y los efectos de esos mismos progresos y de esas mismas vicisitudes, ¿quién negará el importante papel que desempeña la historia en la suerte de las naciones, y quién dejará de conocer es su estudio de los que principalmente merecen la atencion del hombre?

Abramos los inmensos anales del mundo, y veamos cómo nos describe la historia el apogeo de las artes con el poder egipcio, apogeo que tenemos patente en las grandiosas pirámides erigidas por los mismos que obtuvieron la primacia en el mundo. Estos monumentos mortuorios, estas colosales urnas cinerarias, nos enseñan la grandeza de que blasonó en algun tiempo aquella parte del Africa, y la instabilidad de las cosas humanas; pues cuantas obras fueron alzadas para el bienestar y por el orgullo de los hombres yacen aniquiladas, y solo restan en pie las viejas pruebas del paradero de todas sus obras. Veamos qué nos dice la historia al referirnos la cautividad del pueblo de Dios en Babilonia. Cuando con mano vigorosa nos describe los sufrimientos del crecido número de familias que llenaban la ciudad

grande, enmudece respecto de los adelantos sociales, de las ciencias y de las artes; porque donde quiera que se fijan los ojos, aparece solo el llanto y el luto, la devastacion y la muerte. Lo mismo sucede con el imperio romano. Habia llegado al colmo de su prosperidad y pujanza; pero al faltar el honor y la virtud entre la muchedumbre de ciudadanos, que ambicionaron antes el triunfo y la gloria de sus antepasados, falseó la base de su grandiosa mole, y al menor empuje de los bárbaros del Norte se desmoronó, cayó y se hundió para siempre bajo las salvajes plantas de sus conquistadores. Y ¿qué se hicieron entonces los adelantos sociales? ¿Qué fue de las ciencias, qué de las letras, qué de las artes, y aun qué fue de las armas? Nada, absolutamente nada. Con la entrada y saqueo de Roma por las huestes de Alarico, todo padeció mortal quebranto, y desaparecieron hasta los restos de su colosal grandeza. Solo algunos de aquellos monumentos elevados por la soberbia de los emperadores resistieron á la colicia de los godos, porque la divina Providencia quiso que pasaran á las edades modernas, para que cuando mas se admirara su suntuosidad y opulencia, otro tanto se viniera en conocimiento de cuán fuerte sacudida sufrió el primer imperio del mundo. Habíase cumplido por fin la profecía de Daniel, de que llegaría el reinado de hierro; mas Roma no pudo sobrellevarle, y cayó envuelta en las ruinas de su exhausto poderío. Unos cimientos tan esmerados para la paz y la guerra, como nos refiere Polibio, quedaron completamente derruidos cuando la avaricia, la lujuria, y toda clase de vicios, royeron el corazón de la república.

Volvamos la vista á otra parte, y remontémonos si cabe á mas lejanos tiempos. Los rodios, los focenses y los fenicios, con su espíritu emprendedor y mercantil, inténanse por los mares, aportan á países desconocidos, y dejan en todos profundas huellas de su industria. Sus buques surcan todos los mares, y llegan á todas las poblaciones marítimas, cambiando,

merced á su prudente política, en colonias dependientes de la metrópoli, todo lo que antes eran pueblos aislados é incultos. La Fenicia descuella entre todas las potencias de aquella edad, plantea grandes emporios de que todavía puede acordarse Cádiz, y difunde una legislación sabia, con la cual hermana sus costumbres. Asegúrase tenían aquellos pueblos leyes escritas de mas de seis mil años de antigüedad. ¡Qué mucho, pues, sobresalieran por su industria y su comercio entre las tinieblas que envuelven tan remotos tiempos!—Lo mismo demuestra la historia en Grecia. Cuando el siglo de Pericles se hallaba en todo su esplendor, siglo que abraza los mas grandiosos años de la libertad de Atenas, las artes y las ciencias hallábanse tambien en todo su apogeo. Junto á las insignes leyes de Solon, aparece el esclarecido Hipócrates inmortalizándose con sus eternos principios de medicina: y aunque no falte quien atribuya á los asiáticos el buen gusto de la literatura griega, asoma el inspirado bardo de Esmirna, Homero, que merece verdaderamente el renombre de grande. Pero pasa la Grecia á ser una miserable provincia romana, y ya ni sus hijos entonan cánticos de independencia, ni sus artes obtienen la primacia en el mundo entonces conocido, y ni aun se lucha en sus circos y fiestas populares para enardecer el vigor y valentía de una juventud que holló su dignidad perdiendo su patriotismo.

Esto nos enseña la historia no solo en Jerusalem, no solo en Esparta y no solo en Roma, sino en todos los pueblos, en todas las naciones y en todas las partes del mundo. Despues de echarse unas sobre otras y afligir al género humano con sangrientas catástrofes, sufren las vencedoras el peso y venganza de las vencidas, pues se lanzan estas á su vez y se desploman sobre las primeras, envolviendo con horroroso estrépito millones de cadáveres entre las innumerables ruinas de los mas soberbios imperios. No podia ser entonces nada halagüeño el aspecto de las ciencias y de las artes en los pueblos oprimidos, porque enmudecen aquellas donde quiera que se avasalle la civilización. Y ¿á quién no interesarán estos grandes cambios de la humanidad que nos está ofreciendo á cada paso la historia?

(Se continuará.)

FLORENCIO JANER.

ROSA Y MARÍA.

I.

Los habitantes de la Bretaña han sido celebrados desde tiempo inmemorial por su lealtad y su amor á la galleta; no aborrecen la cidra de su país natal, y á veces manifiestan una afición inmoderada á esta bebida; pero por su galleta, su rey y su iglesia, han estado dispuestos siempre á perder sus vidas. Nuestros lectores sabrán que la insurrección, ó mas bien la guerra civil, que comenzó en las provincias del Oeste de Francia despues de la ejecución de Luis XVI, era de un carácter tan formidable, que el general republicano Hoche á la cabeza de un ejército numeroso estuvo ocupado no menos de cuatro años en establecer el orden en los distritos rebeldes, es decir, en la Bretaña, la Vendée, y una parte de la baja Normandía. El Oeste de la Francia habia sido pacificado, ó en otras palabras, reducido á la tranquilidad hacia unos tres años, cuando la desesperada posición de las tropas republicanas en el extranjero, inspiró nuevas esperanzas á los realistas, y los indujo á formar el plan de un levantamiento general en Bretaña y en la Vendée. En este periodo crítico los franceses estaban amenazados por los ingleses en Holanda, tenían que estar muy sobre sí en el Rhin por los prusianos, y habian sido echados de la Italia por los rusos; entre tanto al Directorio le costaba las mayores dificultades el poder adquirir refuerzos de hombres ó auxilios de dinero. Todos los soldados del país, hasta los reclutas mas jóve-

nes, eran pedidos para el servicio extranjero, y sin embargo era imposible enviar ya refuerzo alguno á las tropas acuarteladas en los distritos agitados del Oeste. El gobierno sabia que estaba próximo á verificarse un levantamiento en las dos grandes provincias realistas, pero al mismo tiempo el país estaba espuesto á una invasión. Los prusianos y los austriacos eran victoriosos, y los rusos á las órdenes de Sonvaroff habian penetrado en Suiza.

El único medio que le quedaba al Directorio para aumentar las fuerzas republicanas en el Oeste, sin disminuir los ejércitos de las fronteras, era el organizar compañías locales en los mismos distritos donde el levantamiento parecia inminente. Los hombres reclutados para este servicio especial, recibían la seguridad cuando se los alistaba, de que jamás se les exigiria hacer el servicio fuera bajo circunstancia alguna; sus deberes se limitaban á conservar el orden en las provincias que amenazaban levantarse. El plan salió bien hasta cierto punto; los campesinos de la Vendée acudían á las banderas republicanas, y se armaban á millares á espensas del gobierno que esperaban derribar, y así el Directorio estaba en manos de los jefes bretones y vendeanos. Los campesinos apenas estaban armados cuando desertaban para irse al partido de los nobles que al combatir por su rey, recordaban que combatían tambien por sus propios bienes confiscados.

Una de las pocas propiedades que se habian librado de la confiscación, era la de madama de Chatouville cerca de Nantes, hecho que puede explicarse hasta cierto punto por el realismo moderado de su administrador Mr. Berard; pero toda la templanza de Mr. Berard padre, estaba reparada por el ardor de Berard hijo, que era un partidario tan celoso de la causa monárquica como podria serlo cualquier otro breton ó vendeano. Por lo tanto, cuando el joven Berard (cuyo nombre de pila era Guillermo) se presentó una noche en casa de su padre con la noticia de que los reclutas del pueblo próximo se habian amotinado y escapado, que habia un levantamiento general en todo el país, y que la tarde próxima, Nantes seria tomado por un golpe de mano; el entusiasta joven dió la noticia como si hubiera sido publicada; la nueva mas feliz que hubiera podido oírse; pero el anciano movió la cabeza, y su rostro espresó una tristeza que contrastaba singularmente con el placer que manifestaba el aspecto de Guillermo, porque sabia que su hijo se iria con los realistas aquella noche, y tal vez tenia el presentimiento de que no habia de volver.

—Sí, decía, te parece muy bueno, pero ¿cuál será el fin de todo esto? Muchos millares de realistas matarán á muchos millares de republicanos, y muchos millares de republicanos matarán á muchos millares de realistas; entonces se restablecerá la paz en el Oeste, y ca la familia tendrá un hijo por quien llorar.

—Cuando la paz se restablezca, se restablecerá tambien á nuestro rey, contestó Guillermo.

—Tal vez sí, replicaba el anciano, pero ¿quién sabe? Si Luis XVIII es colocado en el trono de sus antepasados ¿será efectivamente mas agradecido que otros reyes por quien se han sacrificado sus súbditos? No, Guillermo, continuaba su anciano padre, teneis que cumplir vuestro deber para con el rey, pero tambien teneis otros deberes para con el país y la familia.

Berard fue interrumpido en su discurso por el ruido que hizo Guillermo con un mosquete que estaba cargando. Era evidente que el joven estaba decidido, puesto que cargaba sus armas.

—¿Cuándo partes? le dijo el padre.

—Esta noche, dentro de pocos minutos, contestó. ¿Dónde está Rosa? añadió despues.

—Rosa está en la cama, dijo el padre; ven y dala un beso antes de marcharte.

Rosa y Guillermo eran los dos hijos que tenia Berard; Rosa era una hermosa niña de 10 á 11 años, con cabellos dorados, con ojos azules, y con una piel clara y transparente que jus-

tificaba el nombre que sus abuelos la habian dado, cuando la bautizaron.

—¿A dónde vas, Guillermo? le dijo Rosa abriendo los ojos.

—A Nantes, la contestó su hermano; te traeré bollos y una muñeca.

—¿Pero por qué vas tan tarde? ya soy grande para muñecas y los bollos los querria otro día.

Guillermo la besó; la niña cerró los ojos, y poco despues quedó de nuevo dormida; dormida profundamente en efecto, porque la alarma empezaba entonces en la ciudad, y su ruido despertó á los habitantes de todas las aldeas próximas llamándolos á la acción; pero no fue bastante para despertar á Rosa, que no oyó ni el ruido distante de las campanas que tocaban á vuelo, ni el abrir y cerrar puertas en el pueblo, ni la voz de su hermano cuando dió un eterno adios á su padre y á su casa.

II.

La casa de Mad. de Chatouville no estaba muy distante de la de su administrador, y cuando la gran campana de Nantes resonaba en el silencio de la noche, cada tañido iba á su corazón como al del pobre anciano Berard; porque Mad. de Chatouville, aunque por convicción y á la verdad con perjuicio, era realista, era al mismo tiempo madre, y tenia á su hijo dentro de los muros de Nantes que á cada momento podía ser atacado.

Hemos dicho que los bienes de Mad. de Chatouville se habian librado de la confiscación; no hubiera sucedido así si hubiese vivido su marido; pero ella no se habia hecho sospecha á la república; ninguno de sus parientes habia tomado parte en la primera insurrección, y por consejo de sus amigos habia enviado á su hijo único para que le educaran en uno de los colegios puestos por el gobierno. El tener un hijo, heredero de sus bienes, en el colegio de Nantes, debió convencer al Directorio de que ella tenia confianza en el nuevo orden de cosas. Ella se lisonjeaba con la idea de que su hijo adquiriria en el colegio otras ideas de las que hubiera tenido á haberse educado en su casa, y habiéndose reunido con otras personas nobles del vecindario que casi sin escepcion eran realistas. Sus compañeros de colegio si no podían destruir su lealtad y afecto al rey desterrado (cosa que la madre estaba muy lejos de desear), le harían familiarizarse á lo menos con algunas de las opiniones del día y le reconciliarían con un gobierno, que aun en medio de todos sus defectos, tenia el mérito del patriotismo; pero lo que inquietaba sobre todo á esta madre amante, no eran las nociones abstractas que su hijo pudiera formarse sobre esta ó aquella forma de gobierno, era su seguridad, y esto fue lo que la hizo levantarse súbitamente de su silla cuando sonó el primer toque de alarma de Nantes anunciando el peligro de los habitantes y la muerte de muchos de ellos. Mad. de Chatouville abrió la ventana de su cuarto y trató de ver algo en la oscuridad de la noche.

El firmamento estaba negro; no habia ni luna ni estrellas, y únicamente por el sonido de las pisadas y por las voces, pudo conocer que habia personas en el patio. Sin querer llamar con la campanilla gritó desde la ventana:—¡Pedro! ¡Godofredo, Domingo! traed una linterna y esperadme al pie de la escalera.

—Bien, señora, contestó una voz, y en menos de un minuto Mad. de Chatouville se echó un manto sobre sus hombros y una especie de capucha por la cabeza, y bajó al portal de la casa esperando á Pedro que llegó un momento despues con la linterna deseada.

—¿Queréis ir á pie señora? dijo Pedro sin saber qué dirección se proponia tomar.

—Sí, Pedro, no es tiempo para otra cosa, voy á ver á Berard, le replicó; iré al lado vuestro.

El ruido de la alarma era cada vez mas fuerte, y Mad. de Chatouville tenia una agitación febril.

La noche estaba tan oscura que á una vara

de distancia de la linterna no se distinguía objeto alguno; pero Pedro conocía el camino y por su parte hubiera podido ir á casa de Berard con los ojos vendados.

—Ya estamos en casa de Mr. Berard, dijo cuando llegaron á la puerta de la casa del administrador.

Berard se acercó á la puerta y la abrió.

—¡Santo cielo! exclamó al ver á Mad. de Chatouville, ¿os ha sucedido algo? ¿ha sucedido algo á vuestro hijo?

—Mi hijo está en Nantes, y Nantes está á punto de ser atacado.

—¿En qué puedo servirlos, señora? dijo el administrador; todavía hay tiempo, ¿he de ir á Nantes?

—Esto era precisamente lo que yo venía á pedirlos, dijo Mad. de Chatouville; id pues á Nantes; Pedro preparad el caballo de Mr. Berard. Voy á sentarme en vuestra mesa y á escribir algunas líneas al director del colegio para que os entregue á Alfredo.

El caballo fue enjaezado y la carta escrita; á pesar de la oscuridad de la noche, Berard partió al galope en dirección á Nantes, mientras que Mad. de Chatouville se quedó en la casa para cuidar de Rosa.

¡Pobre ángel! decía mirando á la niña dormida, ¡no tienes madre que vele por tí! Luego volviéndose hacia Pedro le preguntó dónde estaba Guillermo Berard.

—Le ví ayer, dijo Pedro con un aire medio socarrón, medio estúpido.

—Pero ¿dónde está hoy? replicó Mad. de Chatouville.

—Se fue con los otros, respondió Pedro como si se recreara en dar esa contestación aunque no estaba cierto de cómo la recibiría su ama.

—¿A pelear contra los republicanos?

Pedro hizo una señal de asentimiento.

—Así, pues, yo venía á molestar al pobre Berard, respecto á mi hijo que no está en un peligro verdadero en la actualidad, cuando el suyo propio está esponiendo su vida ó á punto de hacerlo.

Las campanas seguían tocando á alarma y de vez en cuando se oía la detonación de un mosquete; Pedro le explicó á Mad. de Chatouville que estos tiros eran meramente señales para unirse. La noche estaba tan oscura que aun con la linterna era imposible hallar camino alguno excepto el real, muchas compañías tenían indudablemente sus puntos de reunión en el campo. El chillido bien conocido del buho (*chuiu* en el dialecto breton) del que los *chouans* ó realistas tenían el nombre, este grito de mal agüero que era en toda la Bretaña la señal de la insurrección, se oyó distintamente. Por último, hacia las tres de la madrugada desapareció la oscuridad y empezó á amanecer.

Mad. de Chatouville subió á un granero de la casa de Berards y empezó á mirar por todas partes. El sol saliente formaba una ancha faja de rojo sangriento en el horizonte, pero aun no había aclarado la atmósfera ni disipado una niebla gris que envolvía los árboles y las colinas. El ruido de la alarma había cesado, pero los grupos de hombres armados que iban por el camino de Nantes y los campesinos que corrían por los campos, indicaban que el peligro no había pasado aun. Mad. de Chatouville vió con placer que los que llevaban armas pertenecían al partido republicano porque en cada grupo veía algunos uniformes azules y encarnados, al mismo tiempo que los que huían eran realistas, cuyos trajes ofrecían la mayor variedad.

En una curva que formaba el camino los campesinos de la izquierda atravesaron para unirse á los de la derecha, y entonces la mayor parte de ellos siguió por la derecha mientras que los soldados republicanos, los guardias nacionales y otros continuaron avanzando rápidamente hacia Nantes. Mad. de Chatouville vió que se dirigían hacia la ciudad con algunas piezas de artillería; esto la causó un verdadero terror, porque aunque los cañones pertenecían á los defensores, solo la vista de ellos la sugirió la idea de todos los horrores de

un bombardeo y tembló por su hijo que aun estaba en Nantes. Miró su reloj y vió que hacia dos horas que se había marchado Berard y apenas había cinco millas de distancia hasta la ciudad. Es verdad que la noche había sido muy oscura pero el caballo no tardaría mas de una hora en ir á la ciudad y no tardaría otra hora en volver, mucho mas que hacia ya veinte minutos que era día claro. Se imaginó, pues, que Nantes estaba cercado, que los caminos se hallaban obstruidos, que el sitio había comenzado ya, y que bien pronto empezaría á oír los cañonazos. Se encontraba en este estado de desesperación cuando repentinamente se oyó el paso de un caballo al galope y mirando hacia el camino vió á Berard que corría á caballo llevando en la grupa á su deseado Alfredo.

Mad. de Chatouville bajó inmediatamente á la puerta de la casa en el momento en que Berard ayudaba á su hijo á que descendiera del caballo.

—Aquí está, señora, dijo Berard entregando á Alfredo á los brazos de su madre.

—No olvidaré jamás vuestra solicitud, dijo Mad. de Chatouville.

—No habéis de esto, señora, dijo Berard.

—¿Habéis tenido alguna dificultad al atravesar las calles? Yo temía al principio que os atacaran los realistas, luego los republicanos y por último no sabía qué pensar.

—No, dijo el joven. Unicamente encontramos una partida de realistas que nos obligó á gritar ¡viva el rey! Y á la verdad que Berard lo hizo de un modo muy enérgico, después encontramos algunos republicanos que quisieron que gritásemos ¡viva la república!

—¿Y gritó Berard viva la república? preguntó Mad. de Chatouville con una sonrisa.

—No, replicó Berard; tal vez lo hubiera dicho por razón de vuestro hijo, pero Mr. Alfredo me libró del compromiso.

—¿Has gritado viva la república Alfredo? exclamó Mad. de Chatouville con asombro?

—¿Por qué no? dijo el joven. ¿No es la república la que gobierna el país, y no son sus armas las que defienden á la Francia contra toda la Europa?

La madre á pesar de sus preocupaciones realistas no sentía que su hijo manifestara opiniones que le librasen de tomar parte en una insurrección contra el gobierno republicano.

En cuanto á Berard declaró abiertamente que ahora que Mr. Alfredo se hallaba fuera de Nantes no sentiría que los realistas se apoderaran de la ciudad. Creo, señora, añadió en voz baja que vuestros deseos son los mismos que los míos.

—Berard, replicó Mad. de Chatouville, yo no deseo mas sino que tengais vuestro hijo á vuestro lado, como yo tengo el mío gracias á vos. ¿Dónde está Guillermo? añadió, ¿se ha unido efectivamente á ellos?

—¡Ah! contestó Berard; se ha unido, sí señora, pero ¿qué queráis que hiciera?

—El cielo le guarde, exclamó Mad. de Chatouville. ¡Ya se oye el cañón!

El bombardeo había comenzado en efecto; un momento después contestaron los fuertes de la ciudad; poco á poco el fuego fue siendo mas violento hasta que por último no se oyó mas que un ruido confuso. Mad. de Chatouville y su hijo corrieron á su casa y subieron al terrado pero nada pudieron distinguir. El paisaje parecía desierto alrededor; todos los jóvenes habían dejado sus pueblos y los niños, mujeres y ancianos estaban en sus casas. La casa de Mad. de Chatouville no era bastante alta para dominar la ciudad, pero por el humo que se veía semejante á una nube era fácil conocer que la ciudad había sido atacada por el lado del campo, por lo cual los habitantes podrían obtener provisiones por el Loire. Sin embargo, este no era un sitio regular y la violencia de las descargas de cañón que parecían dirigidas hacia un solo punto, indicaba que el asalto sería probado tan pronto como se pudiera.

(Se continuará.)

HORTENSIA DE BEAUHARNAIS

Ó LA ÚNICA CORONA INDESTRUCTIBLE.

(TRADUCION.)

II.

EL VOTO DE TRES AMIGAS.

Había tenido lugar la distribución de los premios, y la dichosa Josefina había colocado con su propia mano en la interesante cabeza de su hija feliz la corona de laurel ganada en otro tiempo por su esposo cuando era niño aun.

Semejante distribución habíase verificado con el aparato y solemnidad de costumbre.

Cuando llegó la tarde, cada joven se separó, yendo sola ó acompañada de sus mayores amigas á espaciarse por los jardines y á comentar el éxito obtenido en aquella fiesta ó el que deseaba obtener para lo porvenir.

—Jorge, dijo una de ellas deteniéndose; retírate y déjanos solas.

—Vaya, y ¿quién compondrá este bosquecillo? ¡Infeliz bosquecillo! murmuró Jorge sin obedecer á la intimación y mirando tristemente el destrozo que reinaba en torno suyo. Desgracia suya el tener tantos laureles... Ya se ve, para suministrar coronas á cuatrocientos pensionistas... no es una cantidad insignificante... Pobre bosquecillo... si al menos las hubiese cortado yo todas....

—Cuatrocientas coronas, exclamó una de las colegialas sonriendo, ese cálculo es un poco exagerado, señor Jorge. Por de pronto hé aquí una que no pertenece á este jardín. Mirad, la de la señorita Hortensia.

—Verdaderamente, repuso el jardinero examinando la corona de laurel que colgaba del brazo de la joven. Este laurel debe haber sido cortado... lo menos hace veinte y cuatro años... ¡cosa singular!

—Así es, replicó Hortensia. Según lo que nos ha referido Mr. de Bourienne á mi madre y á mí, de la infancia del emperador, fue por el año de 1783, cuando obtuvo el premio de matemáticas, representado por esta corona... ¡Veinte y cuatro años! mi padre político contaba entonces catorce, ahora tiene treinta y ocho... Pero es muy extraño que el laurel se conserve tanto tiempo.

—¡Bah! exclamó Jorge; hay una planta, señoritas, de cuyo nombre no me acuerdo en este instante... ¡ah! sí, se llama...

—Es inútil, no te canses, dijo Hortensia, interrumpiendo al bueno de Jorge; déjanos, ó al menos haz como si no estuvieses; trabaja y no nos distraigas.

—Sí, sí, trabaja y no nos distraigas, repitieron las dos amigas de Hortensia tomando asiento en un banquillo rústico, asidas mutuamente de la mano.

—Callemos, murmuró Jorge, reuniendo las esparcidas ramas; así como así bien conocidos son to los los secretillos de la juventud... No se necesita escuchar lo mas mínimo para adivinar... En fin, *mutis*, no sea que se enfaden esas guapas señoritas con el pobre viejo.

A decir verdad, el jardinero podría haber continuado su monólogo libremente, pues las tres amigas se habían olvidado hasta de su presencia.

El asunto que las ocupaba y que las había obligado á buscar la soledad, era demasiado grave y demasiado importante para que se acordasen siquiera de que tenían un testigo.

—Queridas amigas, voy á casarme, dijo Clarisa estrechando á un tiempo la mano á Hortensia y á María y mirando á entrambas alternativamente con igual ternura; voy á casarme con el caballero de Hermilli, el mas rico banquero de París; así es que mañana abandono á Ecouen.

—¿Vas á dejarnos? exclamó Hortensia.

—¿Con que nos dejas? repitió á su vez María, echándose á llorar.

—¡Pero niña! le dijo Clarisa abrazándola cariñosamente, ¿está tan lejos París que me sea imposible venir á verte cuando me acomode? ¿Acaso no hay carruajes para borrar las distancias?... Además, tampoco has de permanecer tú en el colegio eternamente. ¿No has oído?

lo que te dijo ayer el Emperador? Corre por su cuenta el establecerte, y...

—Ya lo se, contestó María sin dejar de llorar, ya lo se; mi padre, autorizado por el emperador, ha prometido mi mano á mi primo Augusto, subteniente de granaderos de S. M.; pero lloro... Clarisa... Hortensia... porque preveo lo porvenir.

—¿Y eso te aflige? preguntó Hortensia. Pues yo diviso ese porvenir á pedir de boca.

—Para tí, desde luego, repuso María redoblado sus sollozos; como hija del Emperador, te casarás acaso con algún rey, ó al menos con algún gran personaje del imperio. El porvenir

de Clarisa también es magnífico: hija única de uno de los mas ricos generales, va á enlazarse con el primer banquero de París... En cuanto á mí, pobre hija de un oficial ciego y reducido á la mitad de la paga, prometida á un subteniente de una posición análoga á la de mi infeliz padre, me consideraría dichosa si no os hubiese llegado á conocer y á querer tanto á las dos... No, no es vuestra elevada clase la que envidio, ni vuestra brillante fortuna la que ambiciono; no, no... lo que siento es la enorme distancia que nos ha de separar en lo sucesivo, distancia que mi dignidad ó mi altivez me impedirá disminuir, y que va á herir de muerte á

vuestra pobre amiga... ¡Ea! no me repliqueis nada la una ni la otra, conozco lo que pensáis decirme, lo que me prometeréis...

—¿Pues qué presumes saber mas que nosotras? la interrumpió Clarisa rodeándola con sus brazos.

—¿Te figuras tener mas experiencia que nosotras? añadió Hortensia, abrazándola á su vez.

—Si, si, repuso María con ingenua seguridad; despues, dominándose algun tanto continuó triste y sencillamente: perdonadme las dos; si, mis buenas amigas, tengo mas experiencia que vosotras porque tengo la experiencia de los desgraciados. Sois demasiado dicho-



Rosa y Maria. — Madama de Chatouville recibiendo á su hijo (Cap. II).

sas quizás para comprenderme; pero reflexionad que el mundo nos separa.

—¡Nunca! exclamaron á un tiempo Clarisa y Hortensia.

—Dejadme que os abrace por esa protesta tan espontánea que tanto me consuela, prorumpió María estrechando alternativamente á sus dos amigas. Y bien, lo creo, necesito creerlo; el mundo no separará nuestros corazones, aunque logre separarnos materialmente; quiere decir, que de vez en cuando os acordareis de la pobre María, vuestra compañera, á quien tanto querais en el colegio, y de tarde en tarde la dedicareis algun pensamiento, alguna palabra, algun suspiro... Pero la alta posición que os aguarda tiene sus exigencias... vuestra sociedad no será la mía; vosotras no podeis descender hasta... Esperad un momento... se lo que vais á contestarme; pero por lo mismo que adivino lo que pensáis en este instante, presiento lo que pensareis luego.... dentro de un año, de dos... acaso á los diez...

—María tiene razon en parte, dijo Hortensia, á quien las últimas palabras de su compañera habian comunicado cierta gravedad; nuestra mutua amistad permanecerá inalterable, y sin embargo, mil circunstancias pueden separarnos é impedir que nos veamos tan á menudo como todas deseáramos... Pero escuchad, ami-

gas mías, prometámonos una cosa... hagamos un voto... juremos que... dentro de diez años, el plazo que María ha señalado, en el mismo día y á la misma hora... son las siete en punto, continuó consultando una saboneta esmaltada que la habia regalado su madre Josefina; juremos que dentro de diez años nos hemos de reunir las tres en un sitio convenido.

—En casa de cualquiera de las tres, replicó Clarisa.

—Eso es demasiado eventual, observó María; ¿cuál será nuestro domicilio dentro de diez años? ¿En qué ciudad viviremos entonces? Solo Dios lo sabe.

—Se me ocurre una idea... Esperad; es preciso que haya un testigo de nuestro juramento, dijo Hortensia sonriéndose. Jorge, añadió llamando al viejo jardinero, acércate y sé testigo del voto solemne que vamos á pronunciar en tu presencia: nosotras tres, Clarisa, María y yo, juramos reunirnos dentro de diez años en igual día y en semejante hora á la entrada del jardin de las Tullerías; la que primero llegue esperará á las otras hacia el lado del Puente-Real.

—Lo juramos, dijeron María y Clarisa á una voz.

—¡Bueno! el 17 de agosto de 1817, repuso Jorge echando la cuenta por los dedos; cor-

riente; pues ese día me he de poner, si vivo, el traje de gala y he de acudir á la cita en el jardin de las Tullerías.

Pasados algunos días, nuestras tres colegialas habian partido de Ecoen.

III.

DIEZ AÑOS DESPUES.

Era el 17 de agosto de 1817.

El reloj del palacio daba la primera campanada de las siete, cuando un magnífico carruaje á la Daumont, se detuvo á la entrada del jardin de las Tullerías, hacia el Puente-Real.

Apeóse de él una señora rubia en compañía de otra de mas edad y de una niña de unos ocho años.

—Mamá, exclamó la niña, ¿por qué venmos hoy á pasear á la hora de comer? Mira, no hay nadie en las Tullerías; ni señoras, ni caballeros, ni criados, ni niños.

—Ya lo sabrás luego, Hortensina, respondió la joven señora acariciando á su hija y mirando con cierta inquietud en torno suyo. Gertrudis, añadió volviéndose hacia la otra señora, hágame usted el favor de llevar á mi hija al paseo de la derecha; puede usted volver dentro de una hora.

—Está bien, señora duquesa, respondió Ger-

trudis que se a'ejó cogiendo de la mano á Hortensia.

La jóven duquesa dió algunos pasos maquinalmente.

—¡No vienen! murmuró, hablando consigo misma; ni una ni otra. La una... ¡ay! ya lo entiendo... pero la otra... la otra... ¡oh! Clarisa...

—¡Dios mio! tan cambiada estoy que ya no me reconoces, exclamó aproximándose con cierta timidez una mujer de traje harto sencillo, y en cuyo rostro precoces arrugas delataban oculto pesar.

—¡Clarisa!... ¡Clarisa!... prorumpió la duquesa mirando con avidez á la que le hablaba y arrojándose en seguida en sus brazos. ¡Clarisa! ¡qué mudanza!... Pero amiga mia, ¿qué es lo que te ha sucedido?

Y buscando con la vista un banco, fue á sentarse lentamente arrastrando consigo á su amiga.

—Me ha sucedido, respondió Clarisa, lo que ocurre con mucha frecuencia en la vida ordinaria. Separadas las tres á nuestra salida de Ecouen, tú para ir á cuidar al campo á tu padre ciego, mientras—que tu marido seguía la suerte del emperador... añadiendo en voz baja y mirando con recelo en derredor, de nuestro emperador, ¿no es verdad, María? de nuestro querido padre de Ecouen—y en tanto que Hortensia iba á ocupar un trono, permanecía yo sola en París, juguete largo tiempo de ese torbellino mundanal tan halagüeño á los veinte años, seducida por multitud de placeres que me cercaban de continuo. Pero esto fue un sueño. Cierta día desperté de este estado brillante encontrándome casi en la miseria... Mi padre murió, y al año de semejante desgracia, mi esposo tuvo una quiebra espantosa á la que no pudo sobrevivir. Viuda hace ya tres años, me dedico á la educacion de mi hija con quien habito en las cercanías de París, merced á una pequeña renta. Esta es mi historia, María.

—Pues hé aquí la mia, Clarisa, repuso la duquesa, ocultando su emocion con una graciosa sonrisa; Augusto llegó á ser mariscal; ya sabes que lo mismo que yo pertenece á una antigua familia de emigrados. La entrada de los Borbones nos ha devuelto nuestros títulos y riquezas. Desde entonces te he buscado por todas partes, sin acertar tu paradero.

—Yo... hacia lo contrario, exclamó Clarisa.

—¡Ingrata! suspiró María.

Y rodeando con sus brazos el talle de su amiga, añadió con tierno acento:

—Acuérdate, Clarisa, de Ecouen; nuestros juegos de niñas, nuestras gratas confidencias y nuestras particiones de dulces, de libros y de todo, reparto en que tu amistad me concedía la

mitad siempre y que yo aceptaba impulsada por el propio sentimiento. ¡Pues bien! volva-

mos á comenzar nuestra vida de Ecouen, partamos fraternalmente no dulces y monadas, sino mi casa, mi mesa y mi cariño como entonces. Clarisa, repuso precipitada y dolorosamente, observando que su amiga trataba de rehusar aquella oferta, no puede existir lo uno sin lo otro; es preciso que lo rehuses todo ó quo todo lo aceptes, Clarisa... Como yo seré la favorecida te dejo elegir libremente.

—Acepto, contestó Clarisa con efusion.

A este tierno diálogo sucedió un momento de silencio.

Una palabra le rompió por fin, pronunciada á la vez por las dos amigas.

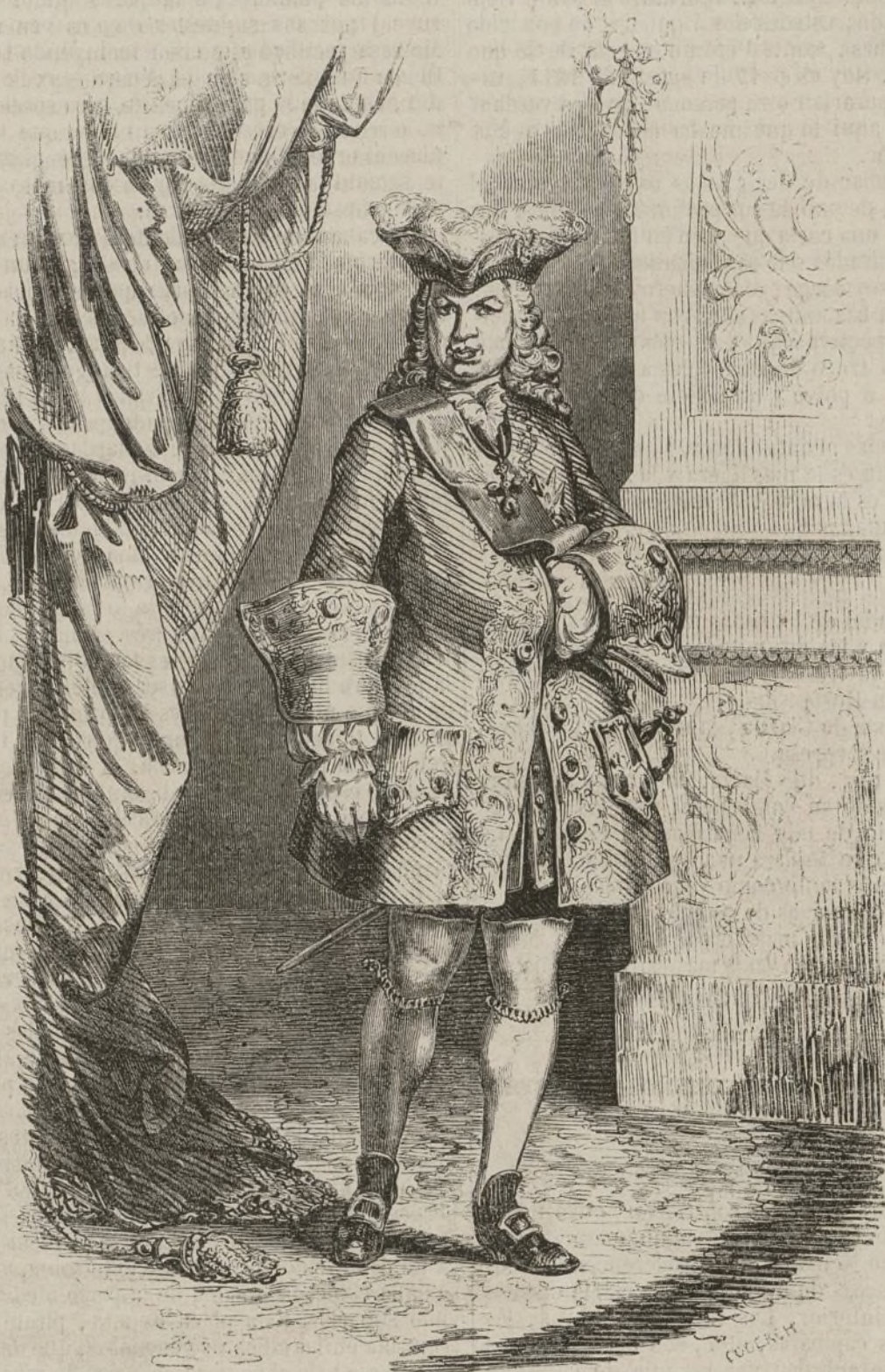
Aquella palabra, aquel nombre fue el de ¡Hortensia!

Otro silencio siguió á esta exclamacion; pero silencio triste y doloroso.

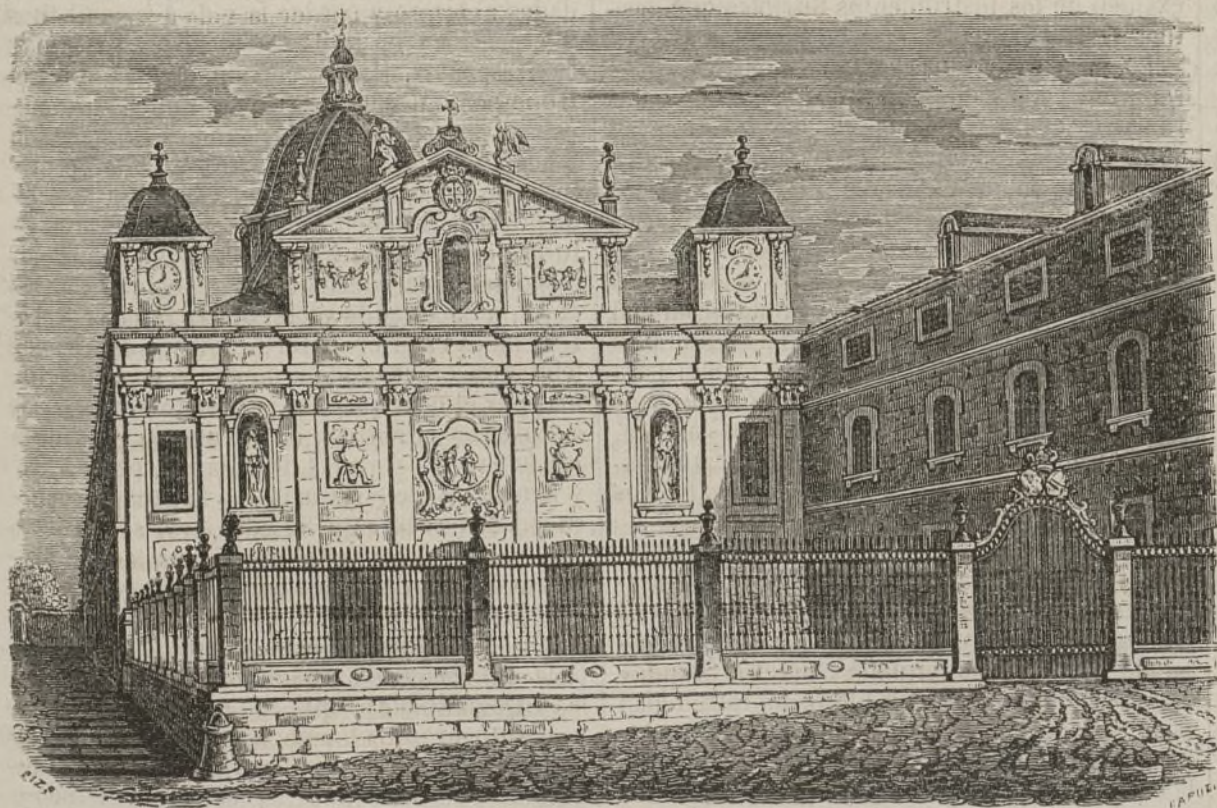
En el mismo instante, un anciano, cuyo traje anunciaba al hombre del campo, se aproximó de improviso á nuestras amigas.

—Perdonadme, mis buenas señoras, les dijo; pero ando buscando por aquí á dos jóvenes llamadas Clarisa y María.

—Nosotras, somos nosotras! ¿Qué se os ofrece? replicaron ambas á dos levantándose.



Fernando VI, rey de España.



Vista exterior de las Salesas Reales. — Madrid.

—¡Cómo! ustedes... murmuró el pobre viejo asombrado; ustedes dos á quienes he conocido tan jóvenes, tan... Pero no es esto de lo que se trata. Hoy es el 17 de agosto de 1817, ustedes esperarían otra persona, ¿no es verdad? pues hé aquí lo que me ha encargado que os entregue.

Al acabar de decir estas palabras, sacó el anciano, de uno de sus profundos bolsillos, dos cajitas y una carta que puso en manos de nuestras admiradas señoras, añadiendo:

—Yo soy Jorge, el jardinero de Ecoen.

Entrambas amigas abrieron apresuradamente su respectiva cajita, en cada una de la cual habia un trozo de una corona de laurel casi reducido á polvo y un billete que contenia lo siguiente:

«De todas cuantas coronas ha poseído mi familia, esta es la mas ligera y la sola indestructible. Yo os la envío, hermanas mías, mis felices hermanas que aun pisáis el suelo patrio. ¡Orad por la pobre desterrada!

HORTENSIA.»

Un raudal de lágrimas inundó la escuela de Hortensia y las dos mitades de la corona.

Habia ya transcurrido una hora y Gertrudis volvió con Hortensina.

A la vista de Clarisa, la niña hizo un movimiento de sorpresa.

—Hija mía, dijo María, colocando á la niña en brazos de su compañera; muchas veces te he hablado de mis hermanas de Ecoen; hé aquí una que te dará una hermanita para que tú la quieras tanto como yo la quiero á ella.

Y las dos amigas de colegio, subiendo en el carruaje ducal, marcharon á casa de María donde continuaron en la mas estrecha amistad.

JOSÉ CASTREÑO.

LOS GRADDES Y LOS PEQUEÑOS VIVIENTES.

LAS SERPIENTES.

(CONCLUSION.)

En el Brasil, la *boa constrictor*, cuyo nombre es Jiboya, se retira segun manifiesta el príncipe de Neuwied, con preferencia á las localidades secas de los bosques, á cierta distancia en el interior. Las ratas, los agutis, las pacas, las capibaras, etc., son los mamíferos que mas le agradan y á los que de continuo acechan suspendida de ordinario de la rama de un árbol por la parte inferior de su cuerpo. Los huecos de los árboles viejos y carcomidos, las concavidades del suelo, las sinuosidades de las rocas, son los sitios que le sirven generalmente de retiro. A veces en una sola morada se encuentran muchos individuos reunidos. Si se coge alguna boa suele domesticarse con mas facilidad que otra cualquiera serpiente, pero su actividad no está muy desarrollada, y por lo comun mucho menos de día que despues de puesto el sol.

Los *eryx* son serpientes de tamaño pequeño y medio, pues ninguno adquiere un desarrollo igual al de la mayor parte de los boeinos. Tienen lo mismo que todos los ofidios cavadores, la cabeza poco ó nada distinta del tronco; este casi tan grueso en sus dos extremos como en el medio, y una cola corta y robusta.

Eryx es un nombre mitológico tomado de la historia fabulosa de un hijo de Venus, muerto por Hércules y enterrado en una montaña de Sicilia, llamada Erys. Daudin reunió en su género *Eryx* las siguientes especies: el *eryx jaculus* (que para el autor constituia cuatro especies distintas, á saber: el *E. jaculus*, *E. cerastes*, *E. colubrinus* y *E. turcicus*), el *tortrix rufus*, el *typhlopsbraminus*, el *anguis fragilis* (con el nombre de *E. clivicus*), el *ophiomorus miliaris*, el *acontias meleagris*, y su *E. melanosticus*. Tan desemejantes especies ni siquiera presentaban todas el principal carácter de tener en el vientre una fila de escamas mayores que las otras. El *boa anguiformis* de Schneider, tan parecido al *Eryx jaculus*, á cuyo lado debe naturalmente ponerse, mereció formar el género

Clothonia (nombre de la parca que tenia la rueda) por sus supuestos dientes venenosos. Merrem rectificó este error incluyendo la *Clothonia anguiformis* en el género *eryx* de Daudin, espurgado por Oppel de las especies que no ofrecian la característica nueva que le impuso el erpetólogo hávaro de diferenciarse esencialmente de las boas por su cola mas corta y no dispuesta para agarrarse:

La cabeza de las serpientes, dice un autor, está formada de una caja huesosa, algun tanto parecida á la de los cuadrúpedos ovíparos si bien con la diferencia notable de que la parte correspondiente al hueso occipital, mirando el vértice figurada á modo de triángulo hácia la cola, por lo general, no avanza tanto hácia el dorso como en aquellos cuadrúpedos. De este modo estando cubierto ó resguardado el origen de la médula espinal, por él pueden ser ventajosamente atacadas las serpientes. Pero es indispensable asignar caracteres marcados con los que podamos decidir si una serpiente es ó no venenosa, pues la mayor parte de los naturalistas no se han explicado lo bastante sobre una materia de tanto interés. Aunque no se tenga costumbre de ver, es fácil distinguir, á la primera inspeccion, las serpientes venenosas de las que no lo son, pues las primeras por lo general tienen la cabeza mas ancha, casi triangular ó un poco acorazonada. A escepcion de algunas especies todavía absolutamente estrañas, el plano superior de la cabeza está guarnecido de muchas escamas, parecidas, por su magnitud y por su forma, á las que guarnecen el dorso, mientras que la cabeza de las serpientes no venenosas está cubierta de placas, ó piezas reunidas por medio de suturas mucho mas anchas que las escamas, en número de nueve, y dispuestas en cuatro filas. No obstante este carácter no sirve mas que para las serpientes del país. Hé aquí otro mas general, sacado de la forma de la placa terminada por el hocico, y que jamás ha fallido.

La mandíbula superior de las serpientes venenosas es mas alta que la de las serenas; el plano anterior es menos redondeado, ó casi perpendicular. Debese fijar sobre todo la atencion en la magnitud y forma de la pequeña placa de delante del hocico, que lo termina, y que se halla colocada encima de la parte media del labio superior. Esta placa es alta, piramidal, truncada en las culebras venenosas, que debian designarse bajo el nombre genérico de *víboras*; ancha y casi semicircular en las serpientes que no tienen ganchos venenosos, ó las que debian llamarse *culebras*. Estas por otra parte tienen la cola generalmente mas larga; y no pasa de la sexta parte de la longitud del cuerpo en las serpientes venenosas; pero estas notas indicativas, estas señas, no ofrecen mas que caracteres remotos. Los hay mas directos, que el examen de los instrumentos terribles que destilan el licor ponzoñoso puede suministrar.

La mandíbula superior de las culebras presenta en cada lado, como en las víboras, dos ramas óseas, guarnecidas de dientes, que en aquellas son casi todos iguales, y diseminados por toda la longitud de dichas ramas. En las serpientes venenosas, la rama mas exterior tiene junto á su estremidad solamente de uno á tres dientes, uno de los cuales á lo menos mas fuerte, se halla oculto, cuando el animal no está encolerizado, en una vaina membranosa situada debajo del ojo, bastante gruesa para formar una salida ó proeminencia notable. Esos dientes particulares han sido llamados caninos, ó ganchos. Son móviles, dirigidos hácia atrás, de forma cónica, un poco arqueados, y abiertos al sesgo junto á su estremidad.

La elasticidad del cuerpo de las serpientes es prodigiosa. Para avanzar ó retroceder levantan su cuerpo á manera de arco, juntan los dos extremos de este y se lanzan en seguida aplastando la parte que formaba convexa. Si quieren avanzar les sirve de apoyo la estremidad posterior del cuerpo, y si quieren retroceder hacen un movimiento contrario, adelantando la longitud de la porcion encorvada de su cuerpo. Llevan siempre la cabeza mas alta que la

tierra, manteniéndola en posicion horizontal, pues de otro modo no podrían ver por delante ni hacer uso de la boca. Su marcha se ejecuta por medio de una serie de anillos ó resortes musculosos que á voluntad sueltan ó aflojan sucesivamente. Encarámanse por los árboles del mismo modo que andan por tierra, y los rodean y se mantienen en sus ramas con diversas posiciones. Para lanzarse de un árbol á otro, dice Lacepede, ó de una rama á otra, apoyan una porcion de su cuerpo contra el árbol, plegándole de modo que haya como una especie de resortes, y soltándola con fuerza; ó bien se cuelgan por la cola, y balanceando repetidamente su cuerpo que prolongan con esfuerzo, alcanzan la rama á que quieren llegar, se adhieren á ella abrazándola por varios contornos de su parte anterior, se estrechan, se acortan y encogiendo su cuerpo retiran hácia si la cola que les habia servido para suspenderse.

Tres son las costumbres principales de las serpientes, pues describir una por una todas las familias, sub-familias, tribus y géneros con que los naturalistas las clasifican seria interminable tarea.

Las serpientes se hallan diseminadas por todos los puntos de la superficie de la tierra. Sin embargo, los países que les son mas favorables, aquellos donde se encuentran las mas enormes, parece que son los que gozan de una temperatura caliente y húmeda, como la Guyana. Las grandes especies parece tambien que pertenecen á un mayor número de comarcas diferentes; porque como notan muy bien algunos naturalistas, sus fuerzas mas poderosas, sus armas mas mortíferas, habrán podido constituir las mas formidables é independientes. Habrán luchado con mayor ventaja contra sus enemigos, y poseores pacíficos de los dominios que les asignara la naturaleza, su forma primitiva se habrá alterado menos que la de las especies pequeñas, siempre incomodadas y perseguidas en su país natal, y mas subordinadas al influjo de los cambios de temperatura, y espuestas á diversos otros accidentes que habrán modificado en gran manera sus formas, sus colores, y hasta sus mismos hábitos.

FERNANDO VI Y LAS SALESAS REALES.

Difícilmente se hallaria en la historia de España monarca en quien la opinion de los historiadores y de los críticos estuviere mas conforme respecto de su carácter. Bondadoso, recto, pacífico y benigno, Fernando VI dió á sus súbditos un reinado feliz en lo interior del reino, y lo hubiera sido igualmente en lo exterior si la guerra que tuvo que sostener con los austriacos no hubiese hecho gastar grandes cantidades al tesoro y perder la vida á sus súbditos que peleaban en Italia por la honra de la nacion española. Habia ocupado Fernando VI el trono por muerte de su padre Felipe V, y ocupábase desde luego exclusivamente á hacer la felicidad de sus pueblos dedicándose tan pronto como se obtuvo la terminacion de la indicada guerra, al fomento de las artes y manufacturas, al ensanche y proteccion del comercio, disponiendo la construccion de caminos y canales, y facilitando el bienestar interior y las relaciones exteriores. De su reinado data el célebre concordato concluido con la corte de Roma, por el cual quedó el patronato real anejo á la corona y el rey con el derecho de presentar los individuos para las dignidades, prebendas, y beneficios eclesiásticos de España, exceptuándose no obstante 52 cuya provision se reservó el Papa. De su tiempo es tambien el establecimiento de la Academia de San Fernando, para el estudio de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, é igualmente la fundacion del magnífico monasterio de las Salesas Reales, que es por su buen gusto y mérito arquitectónico uno de los mejores monumentos de su reinado, que merece le demos á conocer á nuestros lectores detenidamente.

Todo el edificio comprende una superficie de 135,056 pies cuadrados, incluyendo su hermosa huerta de que ahora se ha tomado parte para el ensanche de la población por el lado del paseo de Recoletos. La arquitectura empleada en el edificio, si bien no es de aquel gusto clásico que distinguió las construcciones hechas en el reinado siguiente, respira sin embargo gravedad y nobleza, y es contemplado con gusto por todos los inteligentes.

La fachada del templo se levanta en el frente de una espaciosa lonja cerrada con verjas de hierro, decorando aquellas varias pilastras de orden compuesto y las estatuas de San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Fermiot con algunos bajos-relieves ejecutados en mármol con cierta gracia y donaire. Sobre la puerta principal se ostenta una medalla también de mármol con la Visitación de Nuestra Señora, obra como los demás adornos, de don Domingo Olivieri, y en la indicada fachada, tres ingresos, de los cuales dos son de medio punto y uno adintelado con columnas anichadas de orden jónico, dan paso al pórtico y á la puerta principal del templo. Este es de planta de cruz latina y de regular estension con muros y pilastras de orden corintio, distribuidas por sus muros y crucero, menos la capilla mayor que tiene cuatro columnas de mármol con basas y capiteles de orden jónico, encerrando en su centro el retablo mayor rodeado de seis columnas de orden corintio con basas y capiteles de bronce dorado y fustes de serpentina. El cuadro intermedio, con marco de bronce, representa la Visitación de Nuestra Señora, habiéndole pintado en Nápoles don Francisco de Muro. Adórnanle bajos-relieves y á sus lados las estatuas de San Fernando y Santa Bárbara, de la Fé y la Caridad, obras en mármol del ya citado don Domingo Olivieri. En el cuerpo de la iglesia y en el crucero hay cuatro retablos, labrados con serpentina, mármoles y bronce, dispuestos simétricamente, formados con dos columnas y pinturas debidas á los artistas Giannino, Cignaroli, Muro y Filipart. Las de los frescos de la cúpula, pechinas y bóveda del templo fueron debidas á los pinceles de los hermanos Velazquez, que también pintaron en otras iglesias y en los salones del Real Palacio. La cúpula está compuesta de cuerpo de luces con pilastras pareadas de orden jónico moderno, cascaron y linterna. También son de orden jónico moderno, las pilastras que adornan la sacristía, dispuesta en forma elíptica. El pavimento en fin de todo el templo es de mármoles dispuestos en peregrinos dibujos.

Pero lo que sobre todo llama la atención en esta iglesia son los sepulcros que encierran los restos de los augustos fundadores, don Fernando VI y su esposa la reina doña María Bárbara, cuya disposición é inscripciones describiremos otro día, cumpliendo hoy con indicar el mérito del monasterio de las Salesas Reales, cuyo templo es digno de llamar la atención de los extranjeros y la curiosidad de los artistas.

LOS TRES PELOS DE ORO DEL DIABLO.

Había una vez una pobre mujer que dió á luz un hijo que nació de pie, por lo que la predijeron que á los catorce años se casaría con una hija de un rey.

Por los mismos días pasó el rey por aquella aldea sin que nadie le conociese, y preguntándole lo que había de nuevo, le contestaron que acababa de nacer un niño de pie, que todo lo que emprendiese le saldría bien y que le habían vaticinado que cuando tuviese catorce años se casaría con la hija del rey.

El rey tenía muy mal corazón, y esta predicción le incomodó mucho. Fué á buscar á los padres del recién nacido y les dijo en un tono amistoso:

—Vosotros sois muy pobres, dadme vuestro hijo, que yo cuidaré de él.

Negórase en un principio, pero el forastero les ofreció mucho oro y se dijeron á sí mismos:—Puesto que el niño ha nacido de pie,

todo lo que suceda será para su bien.—Ya acabaron por consentir y entregar á su hijo.

El rey le puso en una caja y le llevó á orillas de un río muy profundo en el que le arrojó pensando que libraba á su hija de un amante con el que no contaba. Pero en vez de irse á fondo comenzó á flotar la caja como una barquilla, sin que entrase en ella ni una sola gota de agua. La corriente la arrastró hasta dos leguas mas allá de la capital, donde se detuvo junto á la esclusa de un molino. Un criado del molinero que se hallaba allí por casualidad, la vió y la sacó con un garfio, esperando encontrar al abrirla grandes tesoros, pero se halló con un niño muy bonito, vivo y alegre. Le llevó al molino, y el molinero y su mujer, que no tenían hijos, le recibieron como si se le hubiese enviado Dios; trataron muy bien al huérfano, que creció en su casa en fuerzas y buenas cualidades.

Sorprendido un día el rey por una tempestad, entró en el molino, y preguntó al molinero si era hijo suyo aquel jóven.

—No señor, le contestó; es un niño espósito que hemos encontrado en una caja que arrastró el agua hasta la esclusa del molino hará unos catorce años; mi criado le sacó del agua.

El rey conoció entonces que aquel era el niño que había nacido de pie y que él arrojó al río.

—Buenas gentes, les dijo; ¿no podría llevar este jóven una carta de parte mia á la reina? Le daré dos monedas de oro por su trabajo.

—Lo que mande V. M., le respondieron y mandaron al jóven que se preparase para marchar.

El rey escribió á la reina una carta en que la mandaba prender al portador, darle muerte y enterrarlo, de manera que estuviese todo hecho á su regreso.

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se perdió, y al anochecer se encontraba en un bosque muy espeso. A lo lejos distinguió una débil luz en medio de las tinieblas y dirigiéndose hácia aquel lado llegó á una casita pequeña, donde encontró una vieja sentada junto al hogar. Sorprendida al ver al jóven le dijo aquella mujer:

—¿De dónde vienes?

—Vengo del molino, la contestó, llevo una carta á la reina, me he perdido en el camino y quisiera pasar la noche aquí.

—Desgraciado jóven, le replicó la mujer, has venido á una caverna de ladrones, y si te encuentran aquí, morirás sin remedio.

—A Dios gracias, dijo el jóven, no tengo miedo, y además estoy tan cansado que me es imposible ir mas lejos.

Se echó en un banco y se durmió. Pero despues que llegaron los ladrones y preguntaron incomodados por qué se hallaba allí aquel forastero.

—¡Ah! dijo la vieja, es un pobre niño que se ha perdido en el bosque, le he recibido por compasión, lleva una carta á la reina.

Los ladrones pidieron la carta para leerla, y vieron que contenía la orden de dar muerte al portador. A pesar de la dureza de su corazón se compadecieron del pobre diablo; el capitán rompió la carta y puso otra en lugar suyo, en que decía que tan pronto como llegara se casase al jóven con la hija del rey. Los ladrones le dejaron despues dormir en el banco hasta la mañana siguiente y en cuanto despertó le entregaron la carta y le enseñaron el camino.

La reina en cuanto recibió la carta ejecutó lo que en ella se la decía; se celebraron las bodas con gran magnificencia, la hija del rey se casó con el niño nacido de pie, y como era guapo y amable vivía á gusto con él.

Algún tiempo despues vino el rey á su palacio y vió que se había cumplido la predicción y que el niño nacido de pie se había casado con su hija.

—¿Cómo habeis hecho eso? dijo, yo había dado en la carta una orden muy diferente.

La reina le enseñó la carta y le dijo que no podía leer lo que contenía. La leyó y vió que habían cambiado la suya. Preguntó al jóven lo que

había hecho de la carta que le había entregado y por qué había dado otra.

—Ne sé nada de eso, replicó el jóven, á menos que no la hayan cambiado en la noche que pasé en el bosque.

El rey incomodado le dijo:

—Eso no puede quedar así, el que pretenda á mi hija debe traerme del infierno tres pelos de oro de la cabeza del diablo.

El jóven le contestó:

—No tengo miedo al diablo, iré á buscar los tres pelos de oro.

Y se despidió del rey y se puso en camino.

Llegó á poco delante de una gran ciudad, á cuya puerta le preguntó el centinela cual era su estado y lo que sabía.

—Todo, le contestó.

—Entonces, dijo el centinela, haz el favor de decirnos por qué la fuente de nuestro mercado que daba antes siempre vino, se ha secado y no da ya mas que agua.

—Esderad, le respondió, y os lo diré á mi regreso.

Mas lejos, llegó delante de otra ciudad, el centinela de la puerta le preguntó cuál era su estado y lo que sabía.

—Todo, contestó.

—Entonces haz el favor de decirnos por qué el árbol grande de nuestra ciudad que daba antes manzanas de oro, se ha secado y no da ya ni aun hojas.

—Esperad, le respondió, y os lo diré á mi regreso.

Mas lejos todavía, llegó delante de un gran río que quería pasar. El barquero le preguntó su estado y lo que sabía.

—Todo, le respondió.

—Entonces, dijo el barquero: haz el favor de decirme si debo permanecer siempre en este puesto sin ser relevado nunca.

—Espera, le respondió, y te lo diré á mi regreso.

Al otro lado del agua halló la boca del infierno. Estaba negra y llena de humo. El diablo no se hallaba en su casa, pero encontró á su patrona que estaba sentada en un gran sillón.

—¿Qué quieres? le preguntó con un tono bastante dulce.

—Necesito tres pelos de oro de la cabeza del diablo, sin lo cual no puedo vivir con mi mujer.

—Mucho pedir es, le dijo, y si el diablo te ve cuando entre pasareis un rato muy malo. Sin embargo, siento interés por tí y voy á procurar ayudarte.

Le convirtió en hormiga y le dijo:

—Ocúltate en los pliegues de mi vestido, aquí estarás seguro.

—Gracias, la respondió, veo que esto va bien, pero necesito saber tres cosas además: por qué una fuente que daba siempre vino no da ya mas que agua; por que un árbol que daba manzanas de oro no produce ya ni aun hojas; y si cierto barquero debe permanecer siempre en su puesto sin ser relevado nunca.

—Esas son tres preguntas muy difíciles de responder, le dijo, pero no tengas cuidado y está con atención á lo que diga el diablo cuando le arranque los tres cabellos de oro.

Por la noche volvió el diablo á su casa, y apenas había entrado notó un olor extraño.

—¿Qué hay por aquí de nuevo, dijo; siento olor á carne humana?

Registró todos los rincones, pero no encontró nada y su patrona le armó una quimera.

—Acabo de barrer y de arreglarlo todo, le dijo, y vas á desrreglarlo. Siempre te ha de oler á carne humana, siéntate y cena.

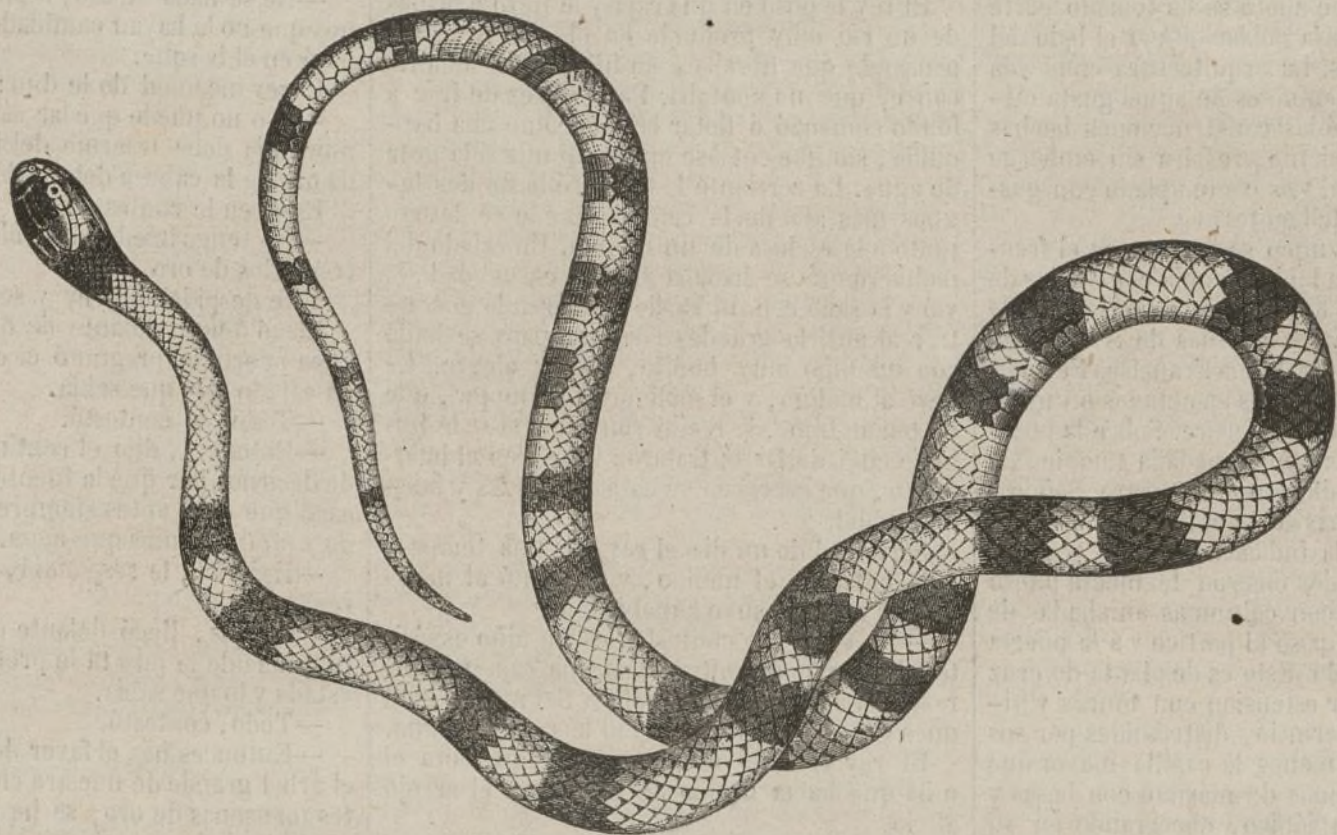
Como estaba cansado, en cuanto cenó puso la cabeza en las rodillas de su patrona y la dijo que le espulgara un poco, pero no tardó en quedarse dormido y soñar. La vieja le arrancó un pelo de oro y le puso á un lado.

—¡Ay! exclamó el diablo, ¿qué haces?

—He tenido un mal sueño, dijo la patrona, y te he tirado del pelo.

—¿Qué has soñado? la preguntó el diablo.

—He soñado que la fuente de un mercado que manaba siempre vino, se ha secado y no da



Los grandes y los pequeños vivientes. — Las serpientes.

ya mas que agua; ¿cuál puede ser la causa?

—¡Ah! si lo supieran, respondió el diablo; hay un sapo en la fuente, debajo de una piedra, no tienen mas que matarle y volverá á manar el vino.

La huésped se puso á espurgarle otra vez; se volvió á dormir y comenzó á roncar, de manera que hacia menearse á los cristales. Entonces le arrancó el segundo pelo.

—¡Ay! ¿qué haces? exclamó el diablo encolerizado.

—No te muevas, le respondió, es un sueño que he tenido.

—¿Qué has soñado? la preguntó.

—He soñado que en un pais hay un árbol que daba antes manzanas de oro, y ahora no tiene ni aun hojas; ¿cuál puede ser el motivo?

—¡Oh! si lo supieran, replicó el diablo; hay un raton que roe la raíz, no tienen mas que matarle y el árbol volverá á tener manzanas de oro, pero si continúa royéndolo se secará por completo. Ahora déjame en paz tú y tus sueños. Si vuelves á despertarme te daré un hofelton.

La patrona le pacificó y volvió á espurgarle, hasta que se durmió y comenzó á roncar. Entonces fue y le arrancó el tercer pelo de oro. El diablo se levantó gritando y queria pegarla, pero ella consiguió pacificarle, diciendo:

—¿Quién puede librarse de un mal sueño?

—¿Qué has soñado ahora? la preguntó con curiosidad.

—He soñado con un barquero que se queja de estar pasando siempre el rio con su barca, sin que le reemplace nunca nadie.

—¡Oh! el tonto, respondió el diablo, no tiene mas que poner el remo en la mano al primero que llegue á pasar el rio y se verá libre y el otro quedará obligado á hacer de barquero á su vez.

Como la patrona le habia arrancado los tres cabellos de oro y habia sabido las tres respuestas que queria saber, le dejó en paz y él se durmió hasta la mañana siguiente.

Cuando el diablo salió de la casa, la vieja cogió la hormiga de entre los pliegues de su vestido y volvió al joven á su figura humana.

—Ahí tienes los tres cabellos, le dijo, y ¿has oído bien las respuestas del diablo á tus tres preguntas?

—Muy bien respondió, no las olvidaré.

—Entonces ya no tienes cuidado, le dijo, y puedes volver á emprender tu camino.

Dió gracias á la vieja, que le habia ayudado tan bien y salió del infierno muy satisfecho de haber tenido tan buena fortuna.

Cuando llegó donde estaba el barquero, antes de darle la respuesta prometida, se hizo pasar al otro lado, y entonces le comunicó el consejo dado por el diablo.

—Al primero que llegue á pasar el rio, no tienes mas que ponerle el remo en la mano.

Poco despues se encontró en la ciudad donde se hallaba el árbol estéril; el centinela esperaba tambien su respuesta.

—Matad al raton que roe las raíces, le dijo, y volverán á nacer las manzanas de oro.

El centinela le dió en agradecimiento dos asnos cargados de oro.

Llegó por último en la ciudad, cuya fuente estaba seca, y dijo al centinela:

—En la fuente, debajo de la piedra, hay un sapo, buscadle y matadle y volverá á correr el vino en abundancia.

El centinela le dió las gracias y le regaló además dos asnos cargados de oro.

El niño nacido de pie, llegó al fin donde se hallaba su mujer, que se regocijó de todo corazón por su regreso y por saber que todo le habia salido bien. Entregó al rey los tres cabellos de oro del diablo, quien al ver los cuatro asnos cargados de oro, quedó muy contento y le dijo:

—Ahora has cumplido todas las condiciones y es tuya mi hija. Pero querido hijo mio, dime, ¿de dónde has sacado tanto oro? Pues has traído un tesoro inmenso.

—Le he cogido, le dijo, del otro lado de un rio que he atravesado. Es la arena que hay en aquella orilla.

—¿Podré yo coger otro tanto? le preguntó el rey que era muy avaro.

—Y mucho mas, le respondió, hay un bar-

quero, dirigios á él para pasar el rio y podreis llenar todos los sacos que lleveis.

El ávido monarca se puso en seguida en camino, y al llegar á la orilla del agua, hizo señal al barquero para que arrimase la barca. El barquero le mandó entrar, y en cuanto estuvieron al otro lado le puso el remo en la mano y saltó fuera. El rey quedó así de barquero en castigo de sus pecados.

—¿Sigue siéndolo aun?

—¡Ah! sin duda, puesto que nadie le ha tomado el remo.

GRIMM.

REFRANES HIGIÉNICOS.

Mas vale cardo en paz,—que pollos con agraz.

Comida fria y bebida caliente,—nunca hicieron buen vientre.

Al gusto dañado,—lo dulce es amargo.

Ni duermas en prado,—ni pases vado.

Quien mucho vino cena,—poco pan almuerza.

Ni por frio, ni por calura,—no dejes tu cobertura.

ESPLICACION

DE LA CLAVE ENIGMÁTICA DEL NÚMERO ANTERIOR.

No hay cabezas mas vacías que las de los hombres que están llenos de sí mismos.

Por lo lo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig,